

Palabras de Alonso Aguilar Monteverde*

Confieso que al conocer la invitación que se hizo para asistir a este sencillo acto, sentí una mezcla de preocupación y de pena; de preocupación, porque cuando Fernando Carmona me habló de él, creí que más que de algo personal se trataría de recordar lo que, a lo largo ya de 20 años intentó el Seminario de *Teoría del Desarrollo*, y de pena, porque al ver los elogios que se hacen de mí no pude menos de contrastarlos con la realidad, lo que me afirmó en la convicción de lo inmerecido del reconocimiento. Es cierto que acabo de cumplir 70 años, que no son pocos; pero hacerse viejo no es un mérito sino tan sólo un hecho natural que hay que sobrellevar con discreción y que comprueba que el tiempo es en verdad implacable, y en cierto modo un reto que obliga a reapreciar las limitaciones y posibilidades que ofrece cada momento de la vida. Y al llegar a los 70 años puedo decirles que, lejos de hacer de ello un melodrama convencional, o de ser ganado por la desconfianza, el escepticismo o el desaliento, aspiro a seguir viviendo con alegría y entusiasmo, y a hacer lo poco que esté a mi alcance y a menudo incluso lo que no esté, porque el tratar de convertir la utopía en realidad, enriquece la vida, la humaniza y le da otro sentido y otra dimensión.

También es cierto que recientemente me separé de la Universidad después de 33 años, y ello fue lo que me hizo aceptar esta

* Co-fundador de la revista *Problemas del Desarrollo*, fundador y primer coordinador del Seminario de Teoría del Desarrollo del IIEc, UNAM.

informal y amistosa reunión, a la que vi como un grato reencuentro y una especie de cordial despedida. Mi sincero agradecimiento a quienes lo organizaron, desde luego a los distinguidos maestros —y para mí, sobre todo viejos y queridos compañeros y amigos— que aquí hablaron con tanta generosidad, y a todos ustedes por la gentileza de acompañarnos.

¿Qué fue lo que nos movió al crear el Seminario de *Teoría del Desarrollo*? En esencia, tratar de entender mejor lo que son nuestros países y, concretamente, profundizar en el fenómeno del subdesarrollo. Desde tiempo atrás, en el Seminario de Desarrollo y Planificación, en la Escuela Nacional de Economía, y aun mucho antes en otros centros y desde diversas perspectivas, con compañeros principalmente economistas me tocó trabajar sobre los problemas del desarrollo. Y a diferencia de quienes reparaban en aspectos parciales y casi siempre secundarios y de poca monta, nosotros advertimos que el atraso de nuestros países era algo profundo, propiamente estructural y de largo alcance, que nos obliga a conocer a fondo el proceso histórico que determina el subdesarrollo. En tal virtud tratamos de comprender cómo se dio históricamente la transición del feudalismo al capitalismo, y sobre todo, cómo se desarrolló el sistema capitalista tanto en los países hoy industrializados como en aquellos que siguen siendo pobres y económicamente atrasados, y qué caracteriza lo complejo, singular y dialéctica relación entre el capitalismo y el subdesarrollo.

Cuando empezamos a trabajar en el Seminario, convencidos de que para explicarnos esos problemas era preciso contar con una guía teórica, y que ello suponía en primer término conocer la realidad, decidimos trabajar los primeros años no ya sobre el capitalismo, en general, sino específicamente sobre la fase actual del desarrollo del sistema en los países industriales, o sea sobre el imperialismo. En una segunda etapa —también de varios años— centramos nuestra atención en la larga y profunda crisis en la que desenlaza la expansión de la posguerra y de la que aún no nos liberamos, y posteriormente empezamos a reparar más de cerca y de manera directa en los problemas fundamentales de nuestros países, y el rescate de aspectos importantes de su pensamiento. Ocasionalmente nos interesamos, además, en la problemática de la transición al socialismo en América Latina, y convencidos de que la contradicción capitalismo-socialismo era la principal de nuestra época, proyectábamos trabajar, sistemáticamente también, en torno

a ese proceso y los problemas de esta nueva formación social, lo que sin embargo ya no hicimos al menos en los años en que yo colaboré más de cerca con el Seminario.

Muchas de las cosas que proyectamos quedaron sin hacerse. En otras, nuestros exámenes fueron muy iniciales e insuficientes y dejaron múltiples dudas, y desde luego, a menudo incurrimos en fallas y errores que a la postre nos impidieron comprender el alcance de ciertos hechos y aun el curso del proceso histórico. Uno de esos errores, a mi juicio, fue el no haber logrado un conocimiento mayor y un seguimiento más estrecho de la realidad concreta y sus continuos cambios. Pero en conjunto, creo que el saldo del esfuerzo fue positivo y que el Seminario logró ser un espacio abierto al examen de problemas reales, así como al diálogo y a la discusión respetuosa.

Nuestro querido amigo colombiano, Antonio García, después de varias sesiones en que evaluamos críticamente uno de sus principales trabajos, me dijo alguna vez:

Conserven y den el mayor apoyo posible a este Seminario. Conozco muchas de nuestras universidades en América Latina, y en ninguna encontré un Seminario permanente de este tipo, en el que, de manera metódica y a partir de la realidad en que nos movemos, se aspire a avanzar en la explicación teórica de nuestros más graves problemas, no con un propósito meramente académico sino con miras a saber qué hacer frente a ellos y cómo contribuir a resolverlos. Y lo que es menos común —agregó Antonio— es que tal esfuerzo tenga continuidad y que en él participen investigadores que trabajan en diversas disciplinas, en diferentes universidades y países y, sobre todo, cuyas posiciones filosóficas y políticas suelen ser muy distintas.

No somos, desde luego, quienes participamos más de cerca en ese Seminario y en otros esfuerzos análogos, a quienes corresponde señalar si lo hecho tuvo o no alguna importancia. Lo que en cambio sí quisiera decir es que trabajamos a partir de ciertas ideas centrales que creo fueron y siguen siendo fundamentalmente correctas.

Por ejemplo no vimos la teoría como dogma sino como guía para comprender ciertos problemas y poder actuar sobre ellos; tratamos de escapar al esquematismo y a caracterizaciones simplistas divorciadas de la realidad; hicimos un esfuerzo por entender ésta

en planos concretos y como algo complejo, multidimensional y siempre cambiante; intentamos ver el presente como historia, o sea nuestros problemas de hoy no aislados y estáticamente, sino en planos dinámicos y en su justa perspectiva; quisimos comprender mejor lo que nuestros países tienen de común y de diverso; concebimos la ciencia social como una sola, sin compartimientos estancos, y en la que sus disciplinas y enfoques pueden complementarse y hacer aportes significativos; intentamos romper con planteos lineales, mecanicistas y apologeticos y comprender, en actitud crítica, la dialéctica del desarrollo social, y en fin, rechazamos la investigación academizante, formalista, libresca, y a menudo incluso pedante, que pese a no explicar seriamente nada, a veces es un medio para hacer carreras vistosas, convencionales y mediocres, pero bien retribuidas.

Gracias al esfuerzo de muchos años comprendemos hoy mejor las condiciones de nuestros países y nuestros pueblos, así como los problemas que, bajo la presente crisis, vive el capitalismo. Lo ocurrido, en cambio, al socialismo, nos tomó por sorpresa y obliga a repensar muchas cosas. Quizás nuestro mayor error consistió en que llevados de la simpatía hacia el nuevo sistema, aun advirtiendo serias fallas en su funcionamiento, confiamos en que a partir de la revolución de octubre se abría una nueva fase de la historia, en la que el hombre, incluso un nuevo tipo de hombre, empezaría a hacerla a partir de su propio esfuerzo, y al pensar así idealizamos lo que en realidad era muy diferente y mucho más difícil.

El progreso social, como sabemos nunca fue fácil, uniforme, lineal y menos aún irreversible. La historia es un complejo proceso de continuos altibajos, en el que la continuidad expresa siempre contradicciones y aun supone profundas rupturas. Inclusive las más grandes revoluciones nunca alcanzaron plenamente los objetivos que postulaban como fundamentales. La revolución francesa, pese a su enorme importancia, no pudo impedir el retroceso que hay entre el primero y el tercer Napoleón, y a más de 200 años del 89, Francia sigue muy lejos de la libertad, la igualdad y la fraternidad que esa revolución levantó como bandera. Los Estados Unidos de Reagan, Bush, la CIA, la invasión de Panamá, la guerra del Golfo Pérsico y el narcotráfico, nada tienen que ver con la revolución que Washington encabezó para asegurar la democracia y la independencia estadounidenses. Y los mexicanos de mi edad, en particular, que nos formamos oyendo hablar todos los días de

la Revolución de 1910 y sus grandes virtudes, sabemos que una cosa son las palabras y otra los hechos, y que sería punto menos que grotesco pensar que el México de hoy, con sus profundas desigualdades y dramáticos contrastes de riqueza y miseria, con tantos funcionarios públicos neoporfirianos que se enriquecen ilegalmente, en donde los gobernantes se imponen de arriba abajo en vez de que el pueblo los elija, en donde unos cuantos negocian hasta con los principios, renuncian a ser libres e independientes y se conforman con servir ciertos intereses extranjeros, sería impensable que ese México es aquél en el que soñaron y por el que lucharon desde siempre nuestros mejores hombres y mujeres.

Pero el que aun las grandes revoluciones no fueron lo que debían y aun podían haber sido no es razón para que nos sintamos defraudados y reneguemos de ellas y aun de la historia, y mucho menos para que ahora, sin creer ya en nada, caigamos en el más raso pragmatismo, nos desentendamos de todo lo que realmente importa, y como sugieren los neoliberales nos crucemos de brazos en espera de que el mercado, el móvil de lucro y el Fondo Monetario Internacional resuelvan nuestros más graves problemas.

Nos enfrentamos a una situación excepcionalmente difícil y lo hacemos, además, en el marco de una correlación de fuerzas muy desfavorable. Habría sido mejor, claro está, que las cosas fueran diferentes. Pero aquí y ahora nos tocó vivir, y por tanto a esa situación, y no a otra, tenemos que ser capaces de responder.

Hubo en nuestra historia momentos mucho más difíciles que el presente. Imaginemos la decisión y valentía que, bajo una férrea dictadura como la de Porfirio Díaz reclamó la lucha por la libertad y el alto precio que, en términos de sangre y vidas humanas tuvo nuestro pueblo que pagar. ¿Y qué decir de la heroica gesta que Juárez, Ocampo, Ramírez, Lerdo y tantos otros ilustres mexicanos libraron frente a la Francia imperial, arrogante y militarmente poderosa que atenta contra nuestra soberanía, o de la hazaña excepcional de Hidalgo y Morelos que, con sólo la razón, la fe en su causa y la justicia de su lado, a veces con más que palos, piedras y unas cuantas viejas armas se lanzan contra las fuerzas colonialistas entonces más poderosas, para abrir paso a nuestra independencia?

La hora presente, con todo y ser muy difícil no justifica el desaliento ni, menos todavía, el derrotismo. Incluso no deja de ser

una situación fascinante y un desafío insoslayable que pone a prueba nuestra capacidad para adueñarnos de nuestro destino.

Quienes hayan pensado que la historia era un camino corto y no el penoso proceso que suele ser, probablemente se rendirán, se darán por vencidos y preferirán voltear hacia el pasado, en vez de afrontar los riesgos que el presente y el futuro nos deparan. Quienes, en cambio, estén dispuestos a encarar las nuevas realidades y a tratar de comprenderlas para poder modificarlas, seguramente tendrán mucho qué hacer y mucho qué vivir.

Frente a lo que hoy acontece, a menudo se siente uno inseguro y hasta desarmado. Los hechos obligan a replantear y reapreciar críticamente todo lo que hasta aquí hayamos pensado. Y si demuestran que nos equivocamos, éste es el momento de saber por qué fue así y cómo podemos corregir nuestros errores. La tarea es apasionante y en rigor no partimos de cero. Contamos con experiencia y con un instrumental de análisis no deleznable pero que padece, a la vez, de graves limitaciones que ahora están a la vista. La ciencia social no es algo acabado y menos todavía un recetario, un ábrete sésamo o un conjunto de verdades absolutas e inobjetables. Es sólo un medio imperfecto, a veces todavía rudimentario y burdo, que en un difícil proceso de aproximaciones sucesivas siempre sujetas a la prueba y el error, nos permite conocer mejor ciertos problemas. Y hoy, cuando se dispone de tantas y tan impresionantes técnicas que sin duda facilitan el conocimiento, especialmente para los jóvenes se abre todo un nuevo, ancho y prometedor horizonte a la reflexión y el examen más preciso, incisivo y riguroso de la realidad, de la realidad concreta, es decir de carne y hueso, lo que invita a romper con viejos prejuicios y dogmas a pensar de nuevas maneras y creadoramente por nosotros mismos.

Y digo que ese fascinante escenario se abre para los jóvenes, porque los viejos no aprendemos ya fácilmente y tenemos que conformarnos con nuestra ignorancia. Yo al menos la acepto modestamente y sin que me cause inquietud. Y conciente de que no tengo ya el tiempo necesario para aprender lo que sería preciso y que inclusive ni siquiera puedo aspirar a saber lo que creía saber hace treinta o cuarenta años, estoy dispuesto a depender cada vez más del conocimiento de otros, y en particular del esfuerzo y la capacidad de los jóvenes. Por eso en buena parte decidí separarme de la Universidad, y ahora me limito a algunas cosas bien modestas por cierto, no en el medio académico sino en el ámbito del

quehacer político, o sea a trabajar —en un nuevo y diferente encuadramiento— con otros mexicanos que, a sabiendas de que cambiar la realidad es mucho más difícil que entenderla, estén dispuestos a buscar nuevos caminos, a organizarse, a actuar y a militar con disciplina en un esfuerzo tan incierto como el tratar de que, desde una posición progresista, a partir fundamentalmente de la acción pueda contribuirse a enriquecer el pensamiento y a que las cosas, mañana, sean por lo menos distintas y mejores que hoy.